RELACION MÉDICO-POLÍTICA

SOBRE LA APARICION DE LA FIEBRE AMARILLA,

A ULTIMOS DE JULIO Y PRINCIPIOS DE AGOSTO DE 1821,

EN LAS TRIPULACIONES

DE LOS BUQUES DEL PUERTO DE BARCELONA,

Y SUS PROGRESOS EN LA BARCELONETA

E INTRODUCCION EN LA CIUDAD:

ESCRITA

POR EL D. D. JUAN FRANCISCO BAHÍ, MÉDICO *honorario de Cámara de S. M., vocal de la junta superior de Sanidad de Cataluña, juez de hecho, catedrático de botánica y agricultura, médico consultor de los egércitos nacionales distinguido con el premio de primera clase, primer médico del hospital militar de la plaza de Barcelona, en comision para la inspeccion médica y plantificacion de hospitales militares para las tropas de su cordon de Sanidad, censor de la academia de medicina práctica de la misma ciudad, y socio de varias academias y sociedades literarias nacionales y extrangeras.*

VALENCIA:
IMPRENTA DE MIGUEL DOMINGO.
AÑO 1822.

ADVERTENCIA.

Confiado en el egercicio público de las virtudes cívicas y médicas con que desde muchos años tengo el honor de conducirme en Barcelona; creía que nunca llegaria el caso de haber de vindicar en lo mas mínimo ningun procedimiento mio en la práctica de la Facultad.

Pero desde que debí declarar por desgracia, y firmé el primero, que era la fiebre amarilla la aparecida en las tripulaciones de los buques del puerto, y despues en la Barceloneta, conocí cuán apurada y aun expuesta seria mi situacion; porque de aquella declaracion pendian providencias que habian de suspender desde el momento gran parte del tráfico y labores de millares de vecinos de aquella capital industriosa; y que serian por algunos sencillos mas bien creidas por hijas de la opinion facultativa, que de la prevision de males, que debia el Gobierno evitar precaviendo la propagacion de una enfermedad, que tantos estragos ha causado donde se ha dejado progresar.

Mas benéfico el clima de que por dicha disfrutamos aquí, y la cortés lentitud con que se presenta esta enfermedad al principio, permitia que el solo aislamiento particular de los primeros enfermos, é incomunicacion de sus familias, fuesen mirados por los facultativos del gobierno, y por este, como medios mas seguros, y al mismo tiempo mas suaves en sanidad y en política, que la incomunicacion repentina de una poblacion entera, ó de una ciudad numerosa, para atajar el mal en su orígen.

Aun este aislamiento é incomunicacion de unos pocos particulares causó en la Barceloneta una conmocion popular.

Debióse pues incomunicar aquel numeroso barrio; lo que no se pudo conseguir hasta muy tarde.

Se presentaron luego enfermos de fiebre amarilla en la ciudad. A mí en los dias 4, 5, y 6 de este mes se me ofrecieron cuatro de aquella. Como médico particular y como vocal de la Junta Superior de sanidad no podia dejar de obtemperar la órden de su incomunicacion; único medio que podia salvar á Barcelona, ejecutado con escrupulosidad desde el principio.

Aquel celo mio, y la franqueza característica con que hablé siempre sin rodeos en juntas, en público y privadamente con mis conciudadanos para salvarlos de la fiebre amarilla, y sobre las funestas consecuencias que recaerian sobre la ciudad, si no se sofocaba el mal en sus principios, me condujeron al precipicio próximo de perder la vida inocentemente en los dias 7 y 8 de este mes, por manos de los mismos á quienes procuraba yo salvar la suya.

Aunque la triste experiencia en Barceloneta y Barcelona ha vindica-

do demasiado mi opinion fundada y mi proceder filantrópico, *pudo haberse escrito lejos de aquí tergiversando los hechos y perjudicar mi reputacion; y hasta hacer creer los obcecados el que no ha exsistido la fiebre amarilla en Barcelona; así como se obstinan algunos todavía en que no es contagiosa allí la enfermedad.*

Mas, pues, por el bien de la humanidad que por la vindicta de mi recto modo de pensar y obrar, presento al público esta sucinta relacion sobre la aparicion de la calentura amarilla en las tripulaciones de los buques del puerto, en la Barceloneta y Barcelona; con el hilo de las ocurrencias políticas intimamente enlazadas con el progreso de la enfermedad.

Nadie espere un escrito sublime ni una obra maestra sobre la fiebre amarilla, sino una relacion fiel y demostrativa, escrita con la sencillez de un médico naturalista, acogido en estos dias aciagos á una aldea, para salvar la vida de la mano aleve de unos cuantos antropófagos y perturbadores del órden, que moran en una ciudad digna de mejor suerte.

Sin papeles, sin libros, y prófugo, no se espere tampoco el escrito amenizado con autoridades; pues mi mente solo ha conservado muy presentes unos hechos, que siendo un espejo para los médicos candorosos en la invasion de una epidemia, podrán servir á los que tengan la fortuna de ver todo el curso de la de Barcelona, de base á un escrito mas grandioso para la historia completa de una enfermedad, que preví devastaria la capital de Cataluña por falta de creencia en personas de mucha trascendencia.

Tampoco espere nadie en mi escrito el espíritu de venganza contra los que tantos vituperios públicos hicieron á mi persona. Perdono á todos, á los perversos y á los ilusos; abandonando á los primeros que los excitaron á su negro remordimiento, si son susceptibles de este.

Me retiré á mi jardin botánico en la noche del 7 al 8 de este mes, avisado de que me buscaban para asesinarme, y de que querian incendiar mi casa. Desde allí pedí al Señor Gefe Presidente y Junta Superior de sanidad permiso, que se me concedió, para huir de la catástrofe, de la cual habria sido víctima por poco mas que hubiese tardado á salir. A pesar de esto, solo me exclamé por escrito desde el Jardin con el Gefe en los términos siguientes: Me hallo en este retiro, paraiso de los seres que no son ingratos al hombre que los cuida.

Disfrutaban los vecinos de Barcelona y Barceloneta de la mejor salud de la primavera y entrada del estío de este año. Su puerto no solo ofrecia iguales bienes á las tripulaciones de los buques anclados en él, sino que habia presentado pocas semanas antes la mas bella escena á los ciudadanos barceloneses, que fuimos á disfrutar de los sencillos placeres de los esforzados marineros, dignos descendientes de los conquistadores de Levante. Estos, en obsequio del aniversario de la restauracion de nuestra libertad civil, midieron sus fuerzas á competencia para conducir los mas remeros sus lanchas mas pronto al puesto, que esta autoridad municipal con una eleccion feliz les tenia señalado con el premio ofrecido.

Un gentío inmenso coronaba la muralla del mar y la de la riba del puerto. Personas de todas clases, sexos y edades se introdujeron en los buques anclados para presenciar mas de cerca los juegos de los hijos de Neptuno.

La alegría, el entusiasmo, los placeres puros dominaron los corazones de los espectadores por la primera vez de esta fiesta cívica, digna del pueblo libre de Barcelona.

Buques todos empavesados, lanchas cargadas de ciudadanos y ciudadanas bellas siguen en torno de la autoridad ambulante en el agua, que ostentaba al público los marineros coronados en el triunfo. Mil ecos de viva la Constitucion, vivan los marineros valientes resonaban en el aire, confundidos armoniosamente con la comparsa de una completa música militar, que surcaba tambien el mar y difundia hasta el Olimpo los alegres saludos de un festejo cívico.

Nos retiramos millares de vecinos á la Ciudad, todos concontentos y satisfechos de las delicias de un puerto sano, que cabalmente contenia en su seno en aquella época un número mayor de barcos procedentes con ricos cargamentos de Veracruz y de la Habana, con alguno que habia desembarcado en aquella Isla poco antes los negros conducidos de la costa de Africa.

Nadie pensó entonces que entre los ricos fardos y frutos de nuestras Américas, ó entre las maderas conductoras, estuviese escondida la hidra, que dentro de poco habia de cambiar aquel puerto de delicias en un sendero de contagio mortífero, y que diseminado ó reproducido llevase tras de sí la desolacion y la muerte de aquellos mismos ciudadanos que fueron alegres allá, y que pisando el veneno pestilencial se creían en un punto seguro.

Los dias 24, 25 de Julio y sus inmediatos fueron los señalados con la subida de la temperatura, segun marcó el termómetro, para desenvolver el gérmen del mal.

A fines de dicho mes y principio de Agosto empezó á difundirse alguna voz por la ciudad, de que en el hospital general civil habia algun enfermo procedente de los buques del puerto con enfermedad muy maligna. Se dijo que la tripulacion de una polacra napolitana, surta hacia tiempo y venida de Nápoles, habia dado algunos atacados de un *tiphus*, que algunos sospecharon podria ser el *petechialis* que se desplegó en Italia en estos últimos años, y que tambien apareció en esta ciudad en el de 1819.

No obstante se añadieron luego noticias de que en la Barceloneta habia tambien algun enfermo muy grave, procedente de los buques venidos de América. Se inspeccionaron con escrupulosidad los enfermos, y algun cadáver de esta procedencia, y se divulgó la voz de que se habia manifestado la fiebre amarilla en el puerto.

El Gobierno muy luego y con la mayor eficacia trató de indagar la realidad de estos asertos, y sobre los dias 6 y 7 del propio mes se tomaron enérgicas providencias para atajar un mal que amenazaba devastar las tripulaciones de los buques, el vecindario de la Barceloneta inmediato á ellos, y por fin contagiar la hermosa Barcelona, que hasta ahora se habia libertado de semejante plaga.

Se habilitó luego el lazareto sucio, extra-muros de la ciudad, para recibir los enfermos sospechosos de los buques. Se ofreció generosamente para el servicio de este establecimiento el segundo médico del hospital militar de esta plaza el Dr. Don Salvador Campmany; y muy luego se trasladaron enfermos de los barcos al lazareto.

Yo mismo, ambicioso de conocer sin pérdida de momentos el genio de una enfermedad, que por desgracia se habia desenvuelto en nuestra casa, me dirigí el dia 7 al hospital civil á ver tres enfermos oriundos del puerto, que luego de conducidos, fueron separados en un desvan para trasladarlos al lazareto sucio.

No pude dejar de sobrecogerme por de pronto al ver la cara, traza ó hábito de estos tres enfermos. Mi corazon se penetró de dolor al representárseme la idea de que teníamos el *tiphus icterodes* en el patrio suelo.

Desde la edad de 19 á 20 años fuí acostumbrado á ver muchos millares de enfermos atacados de calenturas malignas ó atáxicas, ó sea del tifo comun, y castrense, con un gran número de variedades que me ofreció la influencia de militares enfermos, que ascendieron en una misma época á mas de 22∞ en los hospitales de campaña del egército del Rosellon y de Cataluña.

Los visitaba yo, cuasi todos los meses, estando de médico de aquel egército y de secretario del Protomédico, Inspector general de epidemias, el Sr. D. José de Masdevall, quien con su acostumbrado zelo examinaba en sus visitas generales muy detenidamente, y yo con él, á los que presentaban síntomas de mayor gravedad y mas anomalías: de estas fué, segun todavía me acuerdo, la de una mancha amoratada en la nariz en los enfermos atáxicos que venian del sitio de Rosas, y pasaban desde el hospital provisional formado en un buque delante de aquella plaza.

Me presentaron otra clínica muy vasta de enfermos atacados del tifo comun ó indígeno, las epidemias de calenturas atáxicas y perniciosas que inspeccioné en Castilla la vieja; (1) cuyo campo médico me fué todavía mas dilatado en los hospitales de campaña en la última guerra con la Francia; como que apenas hubo departamento de aquellos que no estuviese á mi cargo (2), como á primer consultor de medicina del egército y aun de protomédico interino.

No podia, pues, con tan sostenida práctica equivocar fácilmente el *tiphus icterodes* exótico, ó la fiebre amarilla que se me representó marcada en la cara de los tres referidos enfermos, que visité separados en el hospital con los síntomas siguientes.

Los dos primeros de temperamento bilioso-sanguíneo, y atletas ó de una constitucion muscular muy robusta; sus mejillas y conjuntiva de los ojos rubicundo-amarillas; el mirar ó aspecto imponente fijo; calentura poca, sin sed, lengua limpia y húmeda, postracion de fuerzas; todavía no se habian manifestado los vómitos, pero sí dolor intenso en el epigastrio; y desde el principio tambien en las articulaciones, especialmente en la cintura.

El otro enfermo era un mahonés, de temperamento sanguíneo, con paso al bilioso, de fibra muy fina y delicada, por tanto con mayor postracion de fuerzas: por falta de reaccion vascular presentaba menos injeccion sanguínea en su conjuntiva, pero mas amarillez, y su cuerpo amoratado á trechos, con intermedios pajizos; mucho dolor en el epigastrio y region media del abdómen; cámaras frecuentes y líquidas; lengua espurca y húmeda; y pulsos débiles.

Recomendé muy especialmente á Campmany la historia de la enfermedad de estos tres individuos; que por haber sido los primeros que vi de esta naturaleza, me llamaron una particular atencion: si bien fué superfluo este encargo, porque ha sido muy precisa la descripcion sintomática que ha dado aquel profesor de todos sus enfermos del lazareto, segun se desprende de los partes que conservo originales.

Desde este momento, dia 7 de Agosto, no dudé que la enfermedad de las tripulaciones del puerto era el *tiphus icterodes* exótico, que los españoles llaman vulgarmente fiebre amarilla. Así lo dije con la franqueza propia de mi carácter, en aquel mismo dia á un profesor amigo que opinaba por ser una calentura estacional, y le encargué y supliqué que se detuviese en expresar este concepto, pues me hallaba persuadido de que en breve opinaria como yo, segun así se verificó.

Resuelto pues en esta opinion desde el principio y que no la oculté, y siendo al mismo tiempo vocal de la Junta Superior de sanidad, no podia menos de chocar esto con el parecer de los que no creian la calentura amarilla, ó no la conocian, ó bien que les interesaba que no se dijese y publicase.

Impaciente entre tanto el público por una decision de tanta trascendencia, se quejaba de que los facultativos del Gobierno no caracterizásemos la enfermedad, y aun por me-

dio de los periódicos se nos incitaba de modos distintos.

Luego que así lo mandó la Junta superior, y en vista de los datos, sus vocales facultativos los señores Merli, Lopez, Ameller, Carbó y entre los cuales tengo el honor de contarme, los de la Junta municipal, y la Academia médico-práctica de Barcelona, caracterizamos sin rebozo por el *tiphus icterodes* exótico, ó fiebre amarilla, la calentura reinante en las tripulaciones del puerto; dictámen que firmamos el dia 14 de Agosto, y publicó S. E. con edicto del 15 inmediato. (El señor Vieta no firmó por hallarse ausente.)

Antes de extender y firmar nuestro parecer los vocales facultativos de la Junta Superior fuimos á inspeccionar algunos enfermos de la Barceloneta y del lazareto.

Cuando los tres enfermos, por ser los menos graves, que nos presentó Campmany en la puerta del lazareto, no nos hubiesen dejado plenamente convencidos de ser la fiebre amarilla la que denominaba allí, no pudo dejarnos sin una completa conviccion de esta enfermedad la visita de los enfermos de la Barceloneta.

¡Enfermos de casa Prats, quedareis impresos en mi mente, mientras la potencia intelectual no me falte!

Subí con mis compañeros al cuarto de cuatro hermanos enfermos, que tanta impresion nos causaron y de que tanto se ha hablado. Si el solo aspecto de los tres enfermos del hospital general me decidió por la opinion de ser su enfermedad traída de fuera, y no un tifo comun ni nuestra calentura biliosa; si como médico botánico conocí muy luego que aquel mal no era fruto del pais, sino el *tiphus icterodes* exótico, ó la fiebre amarilla, oriunda sin duda de los barcos procedentes de la Habana, y aun tal vez de alguno de estos venido poco antes de Etiopia conduciendo negros á aquella Isla, y sin que se hubiese expurgado el barco antes de volver á Europa, á pesar de haber tenido muertos de aquellos africanos á bordo; la traza de los hermanos Prats corroboraba el propio orígen, y tampoco podian engañar á un médico un poco experto.

El primero de estos enfermos que se nos ofreció frente de la entrada del aposento, estaba tan marcado con la faz del tifo icterodes, descrita por varios autores y señaladamente por Mr. Pariset, que habria parecido superfluo su ulterior exa-

men para formar el diagnosis de la enfermedad. Sin embargo, pasé á tomarle el pulso, que era mas tardo que en el estado natural; sus carnes tan blandas, que á la menor presion de los dedos cedian á manera de un algodon; era consiguiente la suma postracion de fuerzas y el decúbito supino; que añadido á la epigastralgia, todo junto hizo juzgar hallarse este enfermo en un estado de la fiebre amarilla no muy distante de la muerte, la cual realmente acaeció en el dia siguiente.

Al dejar á este enfermo se ofreció luego en un cuartito de frente otra hermana, en realidad con la cara menos encendida y la conjuntiva de los ojos menos injectada; la lengua espurca, pulso mas vigoroso y frecuente, alguna postracion de fuerzas, dolores en las articulaciones y epigastralgia; tampoco dudamos de que se hallaba acometida del mismo mal, pero no tan adelantado, ni acompañado de un temperamento tan favorable al desarrollo de aquel, cual era el sanguíneo-linfático con alguna obesidad de la enferma.

En seguida se nos enseñaron otros dos hermanos en aposentos contiguos, á corta diferencia con la misma gravedad y especificacion de síntomas que el primero, aunque no en estado tan adelantado; pero de un mismo temperamento bilioso, y mortales todos segun por desgracia lo confirmó el resultado, así como y tambien el de la hermana.

Pasamos luego á visitar otro enfermo en la panadería de la plaza de la misma Barceloneta, que hallamos con vómitos acafetados, y con síntomas del último período de la calentura amarilla, como que murió al dia siguiente.

Con semejantes datos y justamente alarmados con la escena de casa Prats, nos reunimos para convenir en las ideas del dictámen predicho; el mismo que se publicó por la Junta Superior.

A este dictámen facultativo debió indefectiblemente seguir la resolucion de la autoridad de trasladarse los cuatro hermanos Prats y el panadero enfermos al lazareto, y la incomunicacion de sus familias para impedir la formacion de focos de contagio, ó de atmósferas de miasmas infectantes, segun los que no admiten aquel.

Nadie dudará de que es mas fácil contener ó atajar el mal aislando cinco enfermos, é incomunicando dos familias, que dejando libres á todos, incomunicar la poblacion ó barrio

entero. Es mas humano igualmente incomodar sólo á dos ó pocas familias, que sitiar á millares de ellas; y es mas prudente y político tambien que, mientras los médicos los unos afirman, y los otros disputan si es ó no contagiosa la enfermedad, la autoridad en caso de duda se decida por la seguridad pública. Tales serían las ideas que se habria propuesto llenar el Gobierno para salvar á los vecinos de la Barceloneta, á los de Barcelona y á los de la provincia toda.

Mientras esto se operaba en la Barceloneta, se trataba al propio tiempo de hacer el expurgo completo de los buques del puerto, y trasladar sus tripulaciones á la montaña y monasterio de San Gerónimo de Ebron á una legua de Barcelona: proyecto arreglado á la higiene de esta enfermedad; pues que una experieucia constante ha mostrado, que trasladados los contagiados, ó infectados por los miasmas productores de la fiebre amarilla, á una temperatura fresca y montuosa, se libertan de aquella; y lo ha corroborado el feliz éxito con nuestros marineros; al paso que sus compañeros, pasados á Mahon con los buques que salieron para aquel lazareto, los mas han sido atacados de este mal, y muchos víctimas de él; cuando de los nuestros trasladados á San Gerónimo de Ebron no ha muerto uno siquiera, ni prosiguió desenvolviéndose entre ellos la calentura amarilla, segun los partes del Doctor Don Manuel Duran que los cuidaba.

Los cuatro hermanos Prats y el panadero de la Barceloneta fueron trasladados al lazareto sucio, donde murieron sucesivamente y á proporcion de los dias que llevaban del mal, en todos ya muy adelantado y muy grave; del mismo modo que los mas de los marineros enfermos que fueron trasladándose de los buques; pues cuasi todos entraban al lazareto en el segundo período, si no se hallaban ya en el tercero, y aun muchos en lo último de este ó cercanos á la muerte, segun resulta de los partes.

Desde estas muertes empezó el pueblo de la Barceloneta á proferir expresiones denigrativas contra los facultativos, señalando con furia y encono al benemétito Campmany, hasta el extremo de hacer correr la inicua voz de que mataba á los enfermos del lazareto con el aceyte de vitriolo, *ácido sulfúrico*. El horror al lazareto fué así creciendo, á pesar de ha-

berse tratado de conducir los enfermos á la hermosa casa de baños y recreo de Soler en la orilla del mar, permitiendo que fuese allá para asistir al enfermo una persona interesada suya. Así cuando se trató de pasar á ella por la noche al padre de los cuatro hermanos Prats, que luego cayó en la misma enfermedad, hizo aquel vecindario resistencia á la caballería y á la autoridad que se presentó al efecto, en términos de tocar á rebato; rompiendo como á bárbaros los diques de sanidad, dando la turba ó plebe estrechos abrazos al citado enfermo Prats, y frotando los ilusos su cara, sus pechos y miembros con las sábanas sucias de la cama de este; haciendo así escarnio de las ideas del contagio y de la calentura amarilla, que nosotros habíamos caracterizado, y que creían parto de nuestra imaginacion, ó de ignorancia, y aun de malicia.

¡Noche aciaga para los mismos obcecados y para la humanidad, que lloraremos todos los que hayamos visto sus fatales consecuencias!

Aun se dijo que aquel tumulto tenia correspondencia con ánimos subversivos del órden en la ciudad. Se mandó entonces formar causa á los tumultuarios.

Lo positivo fué que comunicados sanos con enfermos, ya no se limitó el mal á dos ó pocas familias. Las primeras víctimas fueron las personas motoras del desórden, y así como hasta entonces se sabia que procedian los enfermos del orígen primitivo inmediato de los buques infectos, desde esta ocurrencia perdimos el hilo de la procedencia: resultaron pues nuevos enfermos segun era de prever por los roces indiscretos, y por haberse abierto la comunicacion de las familias de aquellos.

El Gobierno trató todavía de volver al camino aquella gente extraviada contra su mismo bien, y de ver si podria aprovechar la lentitud, con que procedia el desarrollo del contagio mediante el sistema mas adecuado del aislamiento de los primeros enfermos, para sofocar el mal en su orígen ó impedir su propagacion. Se eligió el suntuoso palacio de campo de la Vireyna del Perú á media hora de esta ciudad, para curarse allí los enfermos que de nuevo apareciesen en la Barceloneta, acompañándoles si gustasen para asistirles una persona interesada suya, y aun con libertad de pasar pa-

ra consultar en su dolencia con el facultativo de aquel establecimiento el médico de su confianza. Las familias de las casas de los enfermos debian pasar al hermoso convento de Jesus en la misma campiña en calidad de observacion; habiéndose igualmente escogido, como las demas, otra casa de campo por el mismo señor Gefe Político en persona para los convalecientes.

Todo esto infundia confianza, á pesar de que nos hacia grán guerra la preocupacion de los que no creían ser la fiebre amarilla la enfermadad que se presentaba en la Barceloneta, sino una enfermedad comun ó estacional.

Se dispuso que pasasen dos vocales facultativos del seno de la Junta superior, los señores López y Carbó, á inspeccionar los enfermos de la Barceloneta, y dejar notados los que debian ser trasladados á la casa de la Vireyna, segun los tenia bien dispuestos para ello el zelo del regidor D. Juan Gil.

En efecto se trasladaron en aquella misma noche cuatro de los enfermos indicados por dichos facultativos, esperándose pasar allá los restantes en el dia siguiente. Este era el último esfuerzo de la autoridad para probar si podria salvar los vecinos de la Barceloneta del naufragio en que se hallaban, y dar un golpe á los ignorantes ó á los pérfidos que ideaban quitarnos la gloria de ahogar el mal en su cuna.

La unanimidad de opinion sobre esta enfermedad, ya desde el principio, por los facultativos de tres corporaciones recomendables, los de la Junta superior, de la municipal, y de la Academia de medicina-práctica, prometia las mejores esperanzas para tomar con tiempo y con fruto las debidas providencias para atajar el curso de aquella; y hacia esperar que los profesores todos harian un gran servicio al público y honor á la Facultad. Cuando de resultas de las visitas que debieron hacer á los enfermos de la Barceloneta en aquel propio dia, por disposicion de la autoridad, comisiones de todas las corporaciones médicas, á saber, de la Junta superior, de la municipal, de la academia de medicina-práctica, de la subdelegacion de medicina, del colegio de cirugía, y del cuerpo de cirugía militar, se obstinaron otra vez los enfermos de la Barceloneta y sus familias á ser trasladados al campo; por haber entendido, segun se dijo, que una de dichas comisiones,

la subdelegacion de medicina, compuesta de los señores D. Francisco Piguillem, vice-presidente, y D. José Riera, habia insinuado no haber visto en ellos la fiebre amarilla, sino á lo mas en alguno un tifo comun, segun resulta de su dictámen dado á la Junta Superior.

Cabalmente una jóven enferma señalada por los señores Lopez y Carbó, para pasar á la casa de la Vireyna, se halló en aquel dia siguiente aliviada. ¡Y cómo se procuraba aprovechar todos los incidentes para mantenerse la ilusion popular!

Se exasperan de nuevo los ánimos contra las providencias de la autoridad, se resisten otra vez los vecinos de la Barceloneta á trasladar sus enfermos á la casa de campo, y se deciden á vituperar y á odiar á los facultativos que habíamos declarado su enfermedad reynante por la fiebre amarilla. Tampoco bastó para desengañarse el haber muerto con celeridad los tres enfermos, que habian dado por convalecientes los dos mismos médicos que dijeron no haber visto allí la fiebre amarilla.

Pusieron inmediatamente aquellas gentes ilusas á las familias y casas de los enfermos en libre comunicacion, y proclamaron por triunfo el roce con estos.

Desde tal momento era de ver perdida la Barceloneta. Dispuso inmediatamente la autoridad que se formase una comision facultativa de un individuo del seno de todas las corporaciones predichas, habiéndome tocado á mí, por desgracia, la suerte de asistir por la Junta superior. Esta comision visitaba por la tarde á los enfermos de la Barceloneta en union con los facultativos allí destinados por el Gobierno, á fin de dar cuenta á este de los progresos de la enfermedad en aquel barrio marítimo de Barcelona.

No podia esta comision ser del agrado de unos enfermos y habitantes que no creían en el mal que tenian, ni tampoco se les ocultaba que de los seis facultativos habia algun disidente, que no sabia ó no queria ver la calentura amarilla á pesar de que la observábamos marcada los demás. D. José Calveras, comisionado por la Subdelegacion de medicina, firmó por la afirmativa de la fiebre amarilla en la Barceloneta el primer dia de la inspeccion, conmigo como comisionado por la Junta superior, con el señor Casacuberta que lo era por la mu-

nicipal, con el señor Nadal por la Académia medico-práctica; con el señor Foix por el Colegio de cirugía, y con el señor Martí por el Cuerpo de cirugía militar: pero en la visita ó inspeccion del dia siguiente disintió de opinion, y no quiso firmar por la afirmativa de la fiebre amarilla, segun resulta de los partes firmados y dirigidos á las Juntas superior y municipal de sanidad.

En efecto, el reconocer el señor Calveras la fiebre amarilla en la Barceloneta, era contrariar el voto de la Subdelegacion, su comitente, la cual no la habia reconocido ó firmado tampoco en los enfermos de aquel barrio dos dias antes, segun se ha dicho.

Entendió tambien la gente ilusa el objeto de nuestra comision, y que de su dictámen podria resultar la incomunicacion con la ciudad; así se divulgó esperársenos con una preparacion de fusiles cargados si la comision volvia á inspeccionar mas enfermos. Esta dió parte de hallarse comprometida, y de que su objeto no podia llenarse porque tampoco se denunciaban todos los enfermos á los médicos, prefiriendo pasar el mal sin medicamentos, hasta vulgarizar la idea de que los facultativos se los daban para matarlos.

Yo era consultado como á médico particular por algunos de aquellos vecinos: así vi enfermos de ellos en comision y privadamente. Siempre vi el mismo el mal, y marcado con el sello del tifo icterodes, modificado solamente por las circunstancias especiales de temperamento ó idiosincrasia, de sexo, edad, modo de alimentarse, de vestir y pernoctar que acompañaban al distinto número de los enfermos de la Barceloneta; diferencias que solo prueban una modificacion, diversa graduacion, ó á lo mas alguna variedad de la fiebre amarilla, comparada con la de los marineros enfermos salidos de los buques, focos primitivos del mal, y dotados de temperatura bilioso, ó bilioso-sanguíneo, producto de una misma edad, de un mismísimo género de vida, y de unas mismas causas alterantes; por lo que debieron presentar mayor gravedad de síntomas; especialmente si algunos de los marineros llevaron su mal complicado con la influencia ó gravedad del tifo, de que perecieron en la travesía de Africa muchos negros, porque en la Habana no se expurgaron como

debian los barcos, antes de cargarlos para Europa.

Esta modificacion del mal, y la de enfermos viejos, adultos, jóvenes y niños, y de distinto sexo, podia producir alguna equivocacion ó hacer vacilar al principio á algun profesor jóven ó inexperto, pero no era fácil creerla en profesores consumados.

Finalmente el voto conforme de muchos facultativos prácticos, con algunos que reunian una dilatada experiencia de este mal en América y en varias epidemias de la península, debia pesar sobremanera en el ánimo de dos ó tres profesores disidentes.

La inspeccion anatómica de los cadáveres tan estimada por algunos prácticos como despreciada por otros, en mi concepto es de mucho peso; y dudo que se puedan equivocar ni confundir sus principales resultados con los de otra enfermedad, atendiendo á sus síntomas.

Yo presencié en la puerta del lazareto la diseccion del cadáver de Pablo Prats, muerto media hora antes, uno de los cuatro hermanos que habia visto en la Barceloneta. Su estómago, ó sea su túnica mucosa, ofreció el color de granada ó escarlata que describen los autores en los muertos por el veneno del tifo icterodes; su cavidad se halló con una cantidad de bilis negruzca ó atrabilis; los intestinos delgados algo oscuros, no tanto los crasos, y en unos y otros habia tambien una porcion del humor referido; el hígado azafranado, y su vegiga cística por un lado longitudinal de color lívido con principio de gangrena, y con una cantidad de bilis muy espesa.

Hasta el solo aspecto exterior del muerto por la fiebre amarilla presenta señales ciertas de su enfermedad segun los observadores. Yo tuve tambien la proporcion de verlo confirmado en un cadáver del hospital militar.

Se me avisó muy tarde haber en este establecimiento un enfermo sospechoso: cuando fuí á verle lo hallé cadáver en el depósito al lado de otro, muerto de enfermedad comun. El aspecto comparativo de los dos cadáveres me causó el mayor contraste, y no me permitió dudar del muerto por la calentura amarilla. Su cara era de un color amarillo amoratado, las órbitas muy profundas, con un aspecto imponente:

el cuello, pecho, costados y parte superior del abdomen pintados á trechos de listas acardenaladas, entremezcladas con otras de color amarillo, cuyos colores iban bajando de intensidad mientras mas se dirijian á los extremos inferiores.

El facultativo del Cuerpo de artillería volante D. Luis Ramon á el cual pertenecia el soldado difunto, se confirmó en el mismo parecer mio, añadiendo lo tenia igualmente observado en las epidemias de Andalucía que habia visto.

Mientras los facultativos de la Junta superior nos hallábamos íntimamente penetrados de rayar el mal en la Barceloneta en términos de amenazar el desenvolvimiento del contagio abrasador, ó de una infeccion general segun el lenguaje de los infeccionistas, se hallaba todavía muy divergente la opinion pública por ignorancia de muchos, por el choque de intereses particulares é influjo de algunos de preponderancia, y por el dictámen opuesto de unos pocos profesores irreconciliables por mas que se les ofrecian los enfermos de los lazaretos y sus cadáveres para examinarlos.

Todo refluía contra la opinion de los facultativos de la Junta superior, que aunque apoyados por los profesores de la municipal, no fué esto bastante para hacer realizable la incomunicacion de la Barceloneta con la premura y sigilo ideados, á fin de evitar la introduccion en la ciudad de aquellas gentes enfermas, y de las sanas rozadas con estas.

Propusiéronse inconvenientes y dificultades, y á mí se me indicó por persona de representacion, que tengo bien presente, que peligraba de haber una conmocion popular si se verificaba la incomunicacion de la Barceloneta, á lo que contesté que aunque se me amenazase con la muerte, diria yo mi opinion francamente.

Puesto que hablo como médico particular, y por ahora no como á vocal de la Junta superior; esta algun dia tendrá tal vez á bien publicar todas las ocurrencias sobre este punto: yo entre tanto debo seguir el hilo médico-político de los hechos que por una parte ilustren la materia para que sean mas cautos los barceloneses, y que por otra pongan á salvo mi opinion, quizá vulnerada cuando y porque egercía las mayores virtudes á favor de los mismos que intentaron perderme.

Hubo ilusos, aun despues de los progresos mortíferos de la fiebre amarilla en la Barceloneta, que dudaron de la existencia de esta. A tal extremo llegó por desgracia la preocupacion é insensatéz de varias personas, y tal vez la perversidad de otras, convirtiendo de resultas la hermosa Barcelona en un sepulcro, y exponiendo á algunos facultativos, y particularmente á mí, á perder la vida alevosamente.

La Junta superior por fin, valiéndose de la union con la Diputacion provincial, acordó la incomunicacion de aquel barrio con el casco de la ciudad. Se manifestaron muy luego enfermos procedentes del mismo que se habian introducido furtivamente en Barcelona, y que se mandaron salir los que pudieron encontrarse, así como las demas gentes que habian entrado con la previa noticia de la incomunicacion meditada. Los primeros se trasladaron á la casa de la Vireyna, y las personas que pudieron descubrirse se mandaron pasar al campo de observacion.

Desde este momento, y evidente roce, se ofrecieron algunos enfermos de fiebre amarilla á varios facultativos y en distintos puntos de la ciudad, los que, insiguiendo lo dispuesto por el Gobierno, debian ser trasladados á la referida casa de curacion de Gracia, y sus familias á la observacion en el convento de Jesus en el propio territorio, extra-muros de la ciudad: todo con el objeto de hacer el último ensayo en esta poblacion para sarvarla de la propagacion del mal contagioso; esperando que en esta parte el pueblo de Barcelona seria mas ilustrado y conoceria mejor sus intereses: esperanza vana, pues fué creciendo la execracion contra los facultativos de la Junta, que firmamos por la calentura amarilla é incomunicacion de la Barceloneta. Entretanto iban minorando los trabajos de la gente menestrala, y así crecia tambien la exasperacion.

La casualidad hizo que en los dias 4, 5, y 6 de este mes se presentasen entre mis enfermos tres de calentura amarilla, bien decidida, y otro muy sospechoso. El uno fué un cerrajero en la plaza de S. Sebastian llamado Pablo Galceran, cuya habitacion estaba pegada á la muralla del mar, y cuyas relaciones con las gentes de la Barceloneta y una persona enferma de aquel barrio me eran á mí notorias; como y que fabricó los hornos y otras herramientas para algun barco que

fué al Africa para conducir negros á la Habana, y que estaria de vuelta y él visitaria sin duda ó seria visitado por su tripulacion.

Este enfermo era de temperamento bilioso-sanguíneo, de unos 37 años de edad, muy apasionado á licores; me presentó la cara y conjuntiva de los ojos rubicundos con tendencia á lá amarilléz, sus pulsos bajos y concentrados, á pesar de su constitucion física muy robusta y musculatura fuerte; la lengua espurca húmeda que pronto cambió y presentó la sola línea céntrica oscura y reseca, y las dos laterales encarnadas y secas tambien; dolor vivo y tension muy molesta en el epigastrio, que se extendia á la region umbilical, con evacuaciones de vientre sanguíneas negruzcas; sobrevino un ligero meteorismo (síntoma tan raro en esta enfermedad, como comun en el *tiphus nostras*, en el castrense y hospitalario) cara muy caida y algun sobresalto de tendones, suma postracion de fuerzas, decúbito supino, y subdelirio: murió sin que fuese trasladado al lazareto de la Vireyna, á pesar de que así lo dispusimos con mi compañero Don Juan Lopez.

Otro de los enfermos era la muger de Pablo Riera panadero, calle de la Bocaría; esta se me presentó con la cara y ojos rubicundo-amarillos, aunque por su temperamento bilioso decidido y color aceitunado no pareciese tan preternatural su amarilléz; mucho desasosiego, calentura, alguna postracion de fuerzas y ansiedad precordial, la lengua húmeda, unos dias con sed y otros sin ella; variando asimismo la lengua hasta ponerse por fin encarnada y seca: se me quejó al principio de dolores catarrales ó reumáticos universales, atribuidos al baño que habia ido á tomar al mar poco antes de caer mala: aproveché este momento para prescribir á la enferma los polvos de Dower y una mixtura difusiva á fin de disipar el espasmo precordial y cutáneo, promoviendo así el sudor que logré con alivio; y que si bien duró dos dias, no fué bastante para cortar el vuelo á la enfermedad, que desplegó el tercer período con vómitos acafetados, que quisieron disfrazarme con chocolate, mucha ansiedad, pulsos bajos y postracion suma de fuerzas; cuyo estado de calma aparente habia engañado á los interesados, y en especial á un señor cura que acababa de pronunciar la mejoría de la enferma, y que yo contradige con

resolucion del Santo Viático, separacion de gentes menos precisas, y junta con un compañero para intimar la incomunicacion, pues no me atrevía solo; la cual se verificó por medio de tres sugetos desconocidos por mí hasta ahora, y antes que nos llegásemos á juntar los dos profesores el dia 7 por la mañana, en que ya vimos centinelas en la puerta.

El otro enfermo era Ignacio Bolart, bien conocido por el primitivo dueño y restaurador del suntuoso café de los Guardias.

Este que habitaba en el café del héroe Morales, antes llamado del Comercio, tenia ya algunos dias del mal cuando se me presentó con los caractéres bien marcados de fiebre amarilla y síntomas de gravedad. Dotado de un temperamento sanguíneo-flórido-pletórico con al pasobilioso, pues parecia iba á salir del *maximum* del primero, y algo obeso, me ofreció la idea ó cuadro trágico de mi querido difunto hermano Agustin, víctima de la última epidemia de fiebre amarilla en Cádiz. Bien formado, color rubicundo subido, ojos brillantes grandes y negros en estado natural, que manifestó ahora injectados en los capilares de la conjuntiva, y asimismo los de las mejillas como de color sanguíneo-amarillento, con la constitucion física de un porte noble elegante; todo junto formaba la idiosincrasia que, si no me engañan las relaciones de los que han asistido en distintas epidemias de esta enfermedad, suele ser presa predilecta de esta, y en la cual parece cebarse este veneno tifóideo. Se presentó desde el principio con un encendimiento general y los ojos pintados, segun se ha dicho, pulsos concentrados y bajos, ansiedad, hipo, supresion de orina, extreñimiento de vientre, (síntomas estos dos últimos harto comunes en este tifo) hemorragia de nariz, suma postracion de fuerzas, lengua seca, y dificultad de tragar. Todo amenazaba una pronta ruina, segun la rapidez de los síntomas de los tres períodos que se alcanzaban mutuamente, y que en mi concepto era efecto de la prediteccion del virus de la fiebre amarilla para con el *maximum* del temperamento que acabamos de pintar en nuestro enfermo.

Para consuelo de la familia, advertida por mí, se habia acordado trasladar el enfermo con toda aquella á una casa de campo propia suya que tenia media hora de la ciudad; pero

finalmente ni á esto quisieron los parientes condescender, sino á que muriese en casa, mas que la incomunicasen ó cerrasen y á pesar de ser un café público: si bien no tuvo ni esto lugar con motivo de las ocurrencias de este dia que paso á manifestar.

Antes quiero suplicar al público que fije su atencion en el tino y delicadeza que procuré guardar sobre la inconmunicacion de estos tres referidos enfermos, para que empiecen los hombres sensatos á hacerme justicia, puesque aunque observante de las disposiciones del Gobierno para bien de los barceloneses, no pasé en esto los límites de un ejecutor moderado, bien que me pesaba infinito no poder ser mas justiciero por la obcecacion del pueblo, de la cual se podrá formar una justa idea con la relacion de la escena horrorosa que voy á referir.

El dia 6 salí con anuencia del señor Presidente á ver á mi familia al campo, con la cual no habia tenido el gusto de comer ni cenar en un mes, ocupado en Junta de Sanidad de noche y de dia para cooperar á la salvacion de los habitantes de Barcelona. Saqué pasaporte para la familia con fecha de 12 de Agosto por que preví de léjos lo que sucederia : sin embargo, respecto de haberse por medio de un susurro en cierto periódico hecho burla de esta mi prevision, lástima que ahora lloran los que de ella se reian, no hice pasar hasta el dia antes de la incomunicacion de la Barceloneta mi familia á Tiana, temiendo entonces algun insulto contra facultativos y nuestras casas. Desahogué allí mi corazon con la expresion de que me lo tenian traspasado tres enfermos de calentura amarilla en la ciudad, (los que he referido) añadiendo que tambien me daba cuidado la hija mayor de mi sastre vecino, por la cual me mostró vivo interes mi familia. ¡Tales son los sentimientos de mi corazon, que los tontos y los perversos quisieron despedazar el dia inmediato! Pero el guante estaba echado contra facultativos, y en especial contra mí, creido por el pueblo como principal autor de la opinion de la fiebre amarilla. Al volver de Tiana vi á esta enferma ; la dejé con calentura, postracion de fuerzas, sensacion muy dolorosa en el epigastrio con mucha ansiedad ; la edad era de unos 16 años, su temperamento sanguíneo-flegmático, de una textura muy fina y delicada.

A las cuatro de la mañana siguiente dia 7, fuí dispertado para ir corriendo á la casa del sastre con recado de que la hija se hallaba con vómito negro: apenas vestido entré en la casa de mis vecinos que hallé anegados en lágrimas y sollozos, suplicándome los padres que por Dios salvase á ellos, pues que contemplaban á su hija perdida; que me hiciera cargo de que era él un padre de familia, y sobre todo que les procurase el no ver la salida de su hija para la casa de la Vireyna, y que deseaban salir primero para la observacion en Jesus, pues interesaba para los demas hijos la salvacion del marido: expresiones literales de la esposa y madre respectiva, que reiteró mostrándome una gran taza de loza, llena de las materias negruzcas que habia vomitado la hija. Consolé á estas gentes, reconvine con buen modo á la madre por haber estado en el dia del alboroto en casa del panadero enfermo de la Barceloneta, de donde es ella oriunda ó pariente. Pasé el parte á la Junta municipal manifestando los deseos de los padres para salir luego al campo de observacion en el convento de Jesus. La Junta mandó al momento dos milicianos, quedó la casa incomunicada, se fueron los padres á Jesus, esperando trasladar la hija á la casa de la Vireyna. Cabalmente en aquel dia se resolvió que esta y demas enfermos sospechosos no pasasen de dia sino de noche á aquella casa.

Preguntado yo en aquel momento por algunos amigos, y aun por los mismos vecinos, sobre mi concepto médico en aquellas circunstancias, fuí franco, aconsejé la emigracion de la ciudad, dije que creía á esta ya perdida por no habernos querido creer los ilusos, y que no dudasen que teníamos la calentura amarilla encima, y que en este mes y en Octubre haría estragos. Franqueza mia, cuerpo de mi delito, si lo es decir la verdad y advertir del peligro á mis queridos conciudadanos y vecinos, y señalarles los medios para salvarse.

Entre tanto la hija del sastre parecia dar muestras de algun alivio, y no pudiendo entender los parientes que los padres hubiesen querido dejar la hija en casa y salir ellos primero, lo atribuyeron todo al facultativo, que era yo, empezando á recargar las declamaciones de los dias anteriores contra los médicos, en especial contra mí, y contra las providencias de la autoridad sobre aislar enfermos y poner sus familias de observacion (3).

Resolvieron los acalorados mandar á buscar al médico Don José Riera, el mismo que no habia querido reconocer la fiebre amarilla en los enfermos de la Barceloneta.

Este médico por la tarde, en union con un cirujano jóven, sin llamarme ni oirme á mí que era el médico de cabecera, ni á los padres y aprendiz que estaban en Gracia de observacion, únicos asistentes y solos sabedores de las ocurrencias, estado, y dias del mal de la enferma, falló que esta no tenia la fiebre amarilla, ni sospecha alguna de ella.

Del mismo modo que despues de la visita de este médico con su compañero D. Francisco Piguillem en la Barceloneta, se resistieron sus vecinos á conducir los enfermos señalados por los vocales de la Junta superior D. Juan Lopez y D. Ignacio Carbó á la casa de curacion de la Vireyna, y se pusieron en comunicacion abierta todas sus familias; del mismísimo modo al momento despues de esta visita del doctor Riera en la tarde del 7 de este mes se puso en comunicacion la casa del sastre, á pesar de haber estado y rozado con el guarda sucio todo el dia la enferma, como lo presencié yo al medio dia en la visita de vista que la hice, tomándola el guarda sucio en brazos para incorporarla en la cama. Se dispuso igualmente en virtud del saludable y político dictámen del doctor Riera, tan atento médico como hombre de bien en este lance, que los padres que estaban de observacion en Gracia volviesen á su casa.

Luego empezó la algaravía tumultuaria de la plaza á gritar viva, viva el doctor Riera, y muera el doctor Bahí autor de la fiebre amarilla. (4) Se rompieron al instante á pedradas los cristales de las ventanas y balcon de mi casa, que estaba al lado de la del sastre; se intentó forzar la mia y aun quemarla, y no sé lo que habria sucedido si la autoridad no hubiese mandado fuerza de caballería é infantería á aquel punto.

Noticioso yo de estos hechos, y despues de haber expuesto en la tarde verbalmente al señor Gefe presidente que creía iba á rebentar la mina contra facultativos, y en particular contra mi persona, y avisado posteriormente del riesgo, me retiré al Jardin botánico de mi cargo á esperar ulteriores noticias y la hora de entrar á la Junta superior, segun habíamos quedado con el señor presidente.

Los avisos de que me buscaban por todas partes para asesinarme no me dejaron salir del recinto del Jardin, donde imprudentemente me metí, no creyendo llegase á tanto el furor de la plebe; pues si ella hubiese venido en aquella noche al botánico, como se verificó en la mañana siguiente poco despues de haber yo salido, me asesinaba indefenso.

Tranquilo en mi conciencia, porque nunca trabajé con mas afan para el bien público, ni nunca egercité mas virtudes cívicas que en aquel entonces, tomé el medio prudente de pedir con oficio permiso á la Junta superior para salir de la ciudad por algunos dias, ínterin que saliese ella para reunirme otra vez: lo que no podia tardar mucho segun se debia propagar el contagio por la ciudad, no queriendo sus vecinos aislar los primeros enfermos.

Salí en efecto con el permiso en la madrugada del 8 ocultamente, y pasé á tranquilizar á mi querida y numerosa familia, anegada en el dolor por estar noticiosa de mis peligros y persecucion por una parte del pueblo, para salvar á el cual tanto trabajaba yo de dia y de noche. Consolé á mi amada esposa y á los hijos de mi corazon; los animé del mejor modo que pude, siempre con una serenidad de espíritu inalterable, como que no necesité tomar ni un sorbo de vino ni recurso alguno de la medicina. Desde Barcelona se me avisaba que me buscaban para matarme. ¡Bárbaros, insensatos! A pesar de esto no quise esconderme, contentándome con que estos beneméritos patriotas y honrados ciudadanos de Tiana me prometieron sostener mi inocencia á todo trance. ¡Gratitud eterna, Tianeses, os debo y os tributo con mi familia!

Yo preveía que solo podia durar la ilusion de los bárbaros un dia ó dos; y teniendo ya asegurados en casa, con la fuerza que mandó el Gobierno, mis libros por los cuales solo me esclamé con el Gefe en la tarde anterior, quise esperar con la calma del hombre de bien, y á quien no le acusa la conciencia en lo mas mínimo, el desengaño funesto que no veía remoto.

El dia 8 siguieron los grandes corrillos con gente armada, que sin duda llevaban tambien otras miras siniestras, con invectivas, caricaturas y vituperios contra mi persona, maldiciendo igualmente á mis compañeros facultativos de la Superior,

A beneficio de las providencias de la autoridad y del aumento de los enfermos calmó la efervescencia.

Se mandó formar causa á los alborotadores. Hace poco que lo sé; yo los perdono á todos: harto tienen que llorar su ilusion é ignorancia.

No dudaré, sin embargo, que alguna mano oculta anduvo en esta trama, y que aprovecharia los momentos favorables para perderme.

Si, pues, con alevosía se consiguiere cortar el hilo de mi vida, suplico al Gobierno tenga presente á mi dilatada familia, que lo es de un profesor que desde la edad de 19 años sirve á la Nacion en las carreras distinguidas del egército y literaria de cátedra, sin ningun borron en sus servicios, siempre amante fervoroso de su patria, y solo enemigo de los enemigos de ella; siempre fiel al Rey; constitucional por principios; justo y benéfico, pero no de los alborotadores que desacreditan el sagrado Código; médico filantrópico, compasivo con los infelices y desgraciados que han acudido en todas épocas á buscar su consuelo y el alivio.

Parece que algun genio del mal ha dominado los espíritus de los barceloneses en esta tremenda situacion. Creyeron los incautos á quienes no debieron, y no conocieron á los que su bien quisieron.

¿Por qué no se confiaba á lo menos con el infatigable señor Gefe Superior Político presidente, y á los demas vocales no facultativos?

Si la estupidez y perversidad de algunos hizo correr la voz de que todos los facultativos de la Junta superior habíamos sido comprados por cuatro mil duros cada uno, para declarar la fiebre amarilla sin existir en el puerto, ¿no veían acaso los señores vocales no facultativos todas nuestras acciones, y que todas se dirigian al bien de ese pueblo querido? Del mismo pueblo que nos insultaba, y cuyos insultos sufríamos con resignacion filosófica; temiendo siempre que demasiado pronto precipitarian los ilusos sobre sí mismos el dia del desengaño. ¡Triste desengaño, que tanto cuesta á la humanidad!

¡Barcelona! ¡mi querida Barcelona, por cuya residencia habia yo desestimado destinos honrosos en Madrid, en Valladolid y en otras partes, cómo pudiste serme ingrata! Sé que no me

lo ha sido la gente sensata, ni los hombres de bien; los ilusos tan solo y engañados por unos pocos malévolos.

Infelices conciudadanos mios, yo os compadezco en el infortunio. Vuestra hermosa ciudad ha debido ser, por falta de confianza en los que bien os querian, víctima de una plaga desoladora.

Mi vida era poco sacrificio, si ella os hubiese debido salvar; pero habria sido yo un mártir sin fruto, y solo para cubrir de soledad y amargura á una dilatada familia que habria quedado huérfana.

¡Ojalá me hubiese engañado en mis presagios!

Los barrios de los encantes, calle de Moncada y otras hablan demasiado por mi opinion verídica; y es ya presumible que seguirá encendida la hoguera haciendo estragos.

La Providencia vele sobre vosotros, barceloneses, y derrame los bienes que mi corazon os desea y ha deseado siempre.

Ya no teneis mas recurso que la huida al campo ó á la montaña. Una atmósfera fresca, pura y renovada de continuo es el dique y la neutralizadora del contagio. Ella ha producido en los vecinos de la Barceloneta, que pasaron á disfrutarla, los saludables efectos que la Junta superior se prometió. Yo fuí comisionado por esta con mi compañero D. Pedro Gil para extender esta idea de higiene sanitaria. Mi corazon rebosó de alegría cuando la ví tan arraigada en la mente de este vocal no facultativo. No le adulo. Me transporté de gozo; y cuasi abrazándole le dije: *nos hacemos héroes, si logramos trasladar á la montaña todos los habitantes de la Barceloneta.*

Fiad, pues, mas en la emigracion que en los métodos curativos; que por lo mismo que se os proponen muchos, es claro no haber ninguno de seguro.

Si yo por desgracia hubiese sido atacado de esta enfermedad, habria al momento usado del método de Lafuente; como que en mis visitas á la Barceloneta, y últimamente en la ciudad, llevaba conmigo altas dosis empaquetadas de quina de Loja, que me siguieron tambien en mi fuga de Barcelona.

Mostrándose la fiebre amarilla como una enfermedad perniciosa desde el principio, sería aquel método el único para sofocar el mal antes de su entero desenrollo.

Están á favor de aquel las varias observaciones prácticas hechas por su benemérito autor, é ilustradas y corroboradas por mi amigo y compañero D. Mariano Lagasca, primer catedrático del Jardin botánico de Madrid.

Debe darse la quina al principio ó en los primeros momentos del acontecimiento del mal, como previenen aquellos profesores. La razon es muy obvia: las disecciones anatómicas nos han mostrado, y yo he visto, las lesiones orgánicas del hígado y del estómago en los muertos por la fiebre amarilla. Aun en el concepto de ser aquellas lesiones productos ó resultados morbosos, viene muy bien la prevencion de dar la quina antes que se verifiquen dichos productos, los cuales arguyen un previo flógosis ó una inflamacion espúrea, bastarda, falsa ó gangrenosa, dígase como se quiera, y en tal concepto se debe evitar el prescribir la quina cuando se haya desplegado aquel estímulo visceral, porque ella lo aumentaria sin duda, y contribuiria de este modo á sofocar las fuerzas vitales, y á precipitar al enfermo.

Mientras, empero, el contagio ó veneno empieza á hacerse perceptible en el sistema, sea con frio, dolor de cabeza, ó de las articulaciones, decaimiento del cuerpo y calentura, ó con otros preludios de la enfermedad, es entonces la ocasion preciosa de aplicar con firmeza el método de Lafuente, que es el de cortar las calenturas perniciosas legítimas, y de que yo usé con tan portentosos efectos en Castilla la Vieja en las villas de Santa María del campo, Valles, Palenzuela, Castrojeríz, Astudillo, Torquemada, y Sotillo; cuyos habitantes no habrán olvidado todavía mi memoria, pues que á un plan antiflogístico que se seguia, sustituí el predicho y luego dieron gracias al Cielo. Para cortar aquellas calenturas no son menester tan altas dosis de quina como prescribe Lafuente, y esto será por la mayor pernicie ó malignidad de la fiebre amarilla.

La opinion general contra medicinas en la Barceloneta, segun se ha manifestado, no permitia probar en mi época el método de Lafuente. Desgraciado el facultativo que lo hubiese administrado á algun enfermo, si hubiese este perecido. Tengo muy presente el disgusto que sufrió el difunto facultativo Altés, mártir del heroismo médico en la Barceloneta, por haber recetado á cierto enfermo un electuario de quina.

Forman un gran paralelo las ideas enteramente opuestas vertidas en el plan curativo, dispuesto por la sociedad médico-quirúrgica de Cadiz sobre la curacion de la fiebre amarilla, y el método de Lafuente. El plan antiflogístico, como dirigido á disipar la flegmasía del hígado, y mas bien del estómago, se establecerá sin duda para la época segunda, cuando ya escaparon los momentos primitivos del mal que indica Lafuente; en el cual aun no se habia fijado el flógosis visceral; y asi habrá, en solo este concepto y caso, aquel tenido buenos resultados en los sugetos dotados de un temperamento sanguíneo flórido ó pletórico; pues otra mente parece que las solas evacuaciones tópicas por medio de unas sanguijuelas aplicadas á las regiones epigástrica y hepática deben tener lugar, á lo menos en este pais y actual epidemia.

El método curativo mercurial tan encomiado por algunos, va á ser el blanco de las observaciones de mi discípulo y hermano de doctoramiento D. Antonio Vilaseca, médico pensionado de los egércitos, quien con un heroismo poco comun se ha ofrecido y pasado á consultar y medicar en union con el benemérito Campmany á los enfermos del lazareto de Nazaret, despues al de la Vireyna con el médico de N.° de los egércitos D. Vicente Vilá, velante del hospital militar de la plaza, pasando últimamente á la Barceloneta. Estos hospitales y este barrio de contagiados serán el teatro de las investigaciones del Dr. Vilaseca sobre los efectos del mercurio en el tifus-icterodes. Este profesor apasionado al método del ingles Chisholm trata de invertir el estímulo del hígado, que cree foco principal del mal, y del cual como solo irradiaciones ó resultados secundarios los demas síntomas prosecutivos.

Flores Moreno, catedrático en Cádiz, ha publicado tambien observaciones dignas de mucha atencion sobre los buenos efectos de los calomelanos en la fiebre amarilla.

Continuad pues, mi querido Vilaseca, con los demas compañeros de egército, en el gran campo que se os presenta, las observaciones con la delicadeza y tino que exige una materia tan intrincada.

Yo hice presente vuestros servicios y sacrificios al Monarca por medio del sabio protomédico de los egércitos, nuestro Hernandez de Morejon, tan versado igualmente en estas epidemias.

Finalmente los que quieran ilustrarse sobre esta materia tienen los escritos de otros profesores de Cádiz los señores Aréjula, Ameller, Coll y otros médicos nacionales, que han lidiado con muchos millares atacados de este tifo en las varias epidemias que hán presenciado, y de cuya identidad esencial con la nuestra no cabe duda.

Solo es menester no olvidar las máximas del grande Hipócrates, como de todo buen práctico: tener muy presente el lugar y circunstancias donde egercitemos la medicina para modificar el método, segun se halle modificada la enfermedad.

Ojo médico, tino práctico, prevision, conocimiento pronto del temperamento del enfermo, y del genio de la enfermedad; esto hace brillar al profesor benévolo, y no el orgullo ni verbosidad sofística.

Las distintas ideas sobre el método curativo que ha extendido la Junta superior, consecuente al dictámen de sus vocales facultativos, deben llenar los deseos de los prácticos sobre el método analítico en esta enfermedad, el cual por otra parte se halla muy consecuente con el que sabiamente coordinó y publicó la Real comision médica en Cádiz en el año 1810; y que ha mandado reimprimir un ciudadano filantrópico para alivio de los catalanes, con la modestia de no publicar su nombre.

Pero no confieis demasiado, barceloneses, ni en los métodos curativos, ni en las especiosas disputas facultativas de si es ó no contagiosa la fiebre amarilla. Como los médicos sabemos todavía muy poco sobre el modo de obrar de este enemigo mañoso, procurad vosotros evadirlo con la fuga, y no os dejeis alucinar de teorías vanas; pues que sea inficionándoos, sea contagiándoos, se os pegará la enfermedad y sereis víctimas de ella.

Tened presente, conciudadanos mios, que el Dr. Deveze, autor del no contagio de la fiebre amarilla, se está fresco en París, y que el Gobierno de París hace tanto caso de su opinion, que manda fuerzas considerables para cordonar nuestras fronteras á fin de impedir la introduccion del contagio en su casa. ¡Y nosotros seremos tan tontos de creer que no lo tenemos en la nuestra!

Yo venero y respeto á los profesores, que para apurar la

verdad y asegurarla se ocupan, sin debilitar la energía del Gobierno, del mas escrupuloso exámen de este punto, como hace nuestro literato Dr. Salvá; pero entre tanto evitemos el roce, y huyamos al campo.

Tortosa, Palma en Mallorca, puerto de Mahon y Marsella hablan demasiado por el transporte del contagio. Estoy temiendo que la incredulidad de algunos, descuidando el espurgo ó destrucion radical del seminio de la fiebre amarilla, nos conducirá tal vez á dejar aclimatar esta enfermedad mortífera en el suelo español.

Creed por último, ya escarmentados, á las autoridades y á los profesores que solo anhelan por vuestra pronta salvacion, entre los cuales se contará siempre vuestro conciudádano, mas afligido por vuestras penas que por las suyas que acaba de pasar,

Juan Francisco Bahí.

Tiana 29 de Setiembre de 1821.

Nota (1). La creencia y confianza que pusieron en mí los vecinos de Santa María del Campo, Vâlles, Palenzuela, Castrojeríz, Astudillo, Torquemada y Sotillo en Castilla la Vieja, cuando sufrian la terrible epidemia de calenturas malignas y perniciosas en 1804, que se trataban como inflamatorias antes de mi llegada, me ofrece el mayor contraste con la obstinacion de los moradores de Barceloneta y Barcelona.

Allí fuí proclamado y obsequiado por decirles la verdad; aquí fuí perseguido por haberla proferido con toda franqueza.

Nota (2). En el primer hospital militar, que en Villafranca del Panadés estuvo á mi cargo en 1808, cuando la última guerra con Francia, tuve entre mis enfermos de calentura maligna un soldado suizo, que se presentó con los síntomas atácsicos que los otros enfermos de la sala, pero ademas con ictericia general, ó sea teñido todo su cuerpo de amarillo. La postracion de fuerzas era suma, el decúbito supino, con otros síntomas de gravedad, y al mismo tiempo con la mancha amoratada en la naríz, que noté en los enfermos que venian de la plaza sitiada de Rosas en la penúltima guerra con la Francia.

Este enfermo me puso en espectacion: lo mandé separar, se hicieron fumigaciones de ácido muriático oxigenado; luego de muerto se enterró muy profundamente, y se quemó la ropa de su cama para asegurar toda prevencion.

No se presentó ningun otro enfermo de esta naturaleza; y es de observar que su cara era pálida y la conjuntiva de los ojos sin ninguna injeccion sanguínea y solo con amarilléz; ni se me quejó de epigastralgia, ni tuvo vómitos en el decurso de la enfermedad.

La palidéz del rostro ó sea la falta del encendimiento de este, y en especial el no estar injectados de sangre los capilares de la conjuntiva, prueba sin duda la ausencia de la flegmasía gástrica, aunque erisipelatosa, gangrenosa ó maligna, que acompaña á los enfermos de fiebre amarilla; y de aquí sin duda la diferencia característica de esta con el tifus con amarilléz indígeno, ó esporádico que á veces observamos en nuestro país, y en la misma Barcelona.

En esta afeccion orgánica del estómago y en la del hígado, que juntas acompañan á esta enfermedad terrible y contagiosa, debemos hacer recaer nuestra particular atencion; pues que constantemente la seguirán, segun es de ver de lo que nos dicen los autores, lo que nos demuestran las disecciones repetidas por Campmany, y la que yo presencié en el cadáver de Pablo Prats.

No pueden contrarestar estos datos los que intentan sostener su erroneo concepto, ó su mala fe, de no ser la fiebre amarilla la amanecida en el puerto y propagada á Barcelona.

Nota (3). En el año 1803 los médicos de sanidad doctores Grasset, Steva y Casacuberta, creídos y sostenidos con teson por la autoridad, mediante la incomunicacion y aislamiento de los enfermos, lograron ver sofocada en su orígen y con pocas víctimas, la fiebre

amarilla aparecida en el mes de octubre en algunas tripulaciones del puerto de Barcelona.

Nota (4). ¡Vivas de vuestra misma sangre y de luto, exclamé yo cuando lo supe, podreis cantar dentro de poco, ilusos, y no os salvará entonces el Dr. Riera, ni su camarada!

Si el Dr. Riera se hubiese empapado de la historia de las epidemias de la fiebre amarilla, habria sabido que un vómito sanguinolento, como en nuestra enferma, y aun la menstruacion, son suficientes en algunas jóvenes de temperamento delicado para disipar la flegmasia de la túnica mocosa del estómago.

Yo estoy esperando el total desenlace de la epidemia para ver si el Dr. Riera, tan acérrimo contra la existencia de la fiebre amarilla, y el matrimonio del sastre que él ha metido otra vez en su casa, no creyendo en el contagio, contarán el fin de esta escena trágica que presenciamos.

A lo menos este profesor, creyendo sin duda de buena fe, mas que fuese imbuido de las razones y verbosidad de otro que le dominase su corazon sencillo, no dijo en su cátedra ni en las salas del hospital, cuando aparecieron allí los primeros enfermos sospechosos, y aun privadamente, que era su enfermedad la fiebre amarilla, y despues, preguntado por el Gobierno, todo lo contrario.

¡Qué maldades tan atroces se cometen en el mundo, y sus autores son los que campan! ¡Pobre patria!